

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México) Vol. XXI, No. 4, pp.163-176

MYERS, ROBERT. *The Twelve who Survive*, London, Routledge, UNESCO, 1992, 468 pp.

Este libro proporciona una pauta para la investigación de programas sobre el cuidado y desarrollo de la primera infancia, así como sugerencias concretas sobre la forma de realizarlos.

El autor parte de una amplia investigación, desde varias disciplinas, sobre muchas experiencias de campo realizadas en Asia, África y América Latina, para que los lectores tengan una idea general sobre los contenidos y el carácter del libro, presentamos una traducción del prólogo del mismo, escrito por Urie Bronfenbrenner T. de la nota introductoria escrita por el autor.

Prólogo de Urie Bronfenbrenner. Traducción de Sylvia Schmelkes.

Este es un libro notable. Lleva al lector a los vastos y desconocidos continentes de la infancia, donde vive la mayor parte de los niños del mundo, y donde mueren antes de tiempo —África, Asia, América Latina. Sin embargo, esta historia no es de desesperanza, sino sobre la fortaleza de los propios niños, y sobre el poder curativo y revitalizador de programas que sin duda —dados sus muy escasos recursos—, se encuentran entre los programas de servicio humano más poderosos y eficientes que existen en la actualidad.

Tampoco nos habla el libro exclusivamente de lo que, con cierta asepsia, nos referimos a menudo como “el mundo en desarrollo” (con lo cual convenientemente lo eliminamos tanto de nuestra realidad como de nuestra conciencia). Pues las mismas fuerzas que disminuyen y distorsionan el desarrollo de millones de niños del tercer mundo se encuentran, hoy en día, empobreciendo la competencia y el carácter futuro de un número creciente de niños en las naciones llamadas “desarrolladas”, especialmente en los Estados Unidos, donde hoy en día una cuarta parte de todos los niños vive

bajo la línea de pobreza (un parámetro basado primordialmente en requerimientos nutricionales). Más aún, las estrategias más efectivas para contrarrestar esta tendencia tan destructiva del desarrollo están basadas en los mismos principios y prácticas que se han incorporado en los programas que tan vitalmente se describen en este volumen.

¿Cómo es posible que las mismas estrategias puedan ser óptimamente aplicadas en ámbitos culturales y geográficos tan diversos? La respuesta puede encontrarse en la íntima relación entre causa y solución. Hoy en día reconocemos que la alteración masiva del medio ambiente natural producido por la tecnología moderna y por la industrialización es capaz de destruir el ecosistema esencial a la vida misma. Apenas comenzamos a darnos cuenta que este mismo alarmante proceso tiene su correspondencia también en el ámbito de lo social; que las amenazas disruptivas e inmovilizantes del desempleo, la urbanización, la burocratización, así como los frecuentes desplazamientos y el creciente caos de la vida diaria están erosionando las instituciones básicas que crean y mantienen el desarrollo de la competencia y de la personalidad humanas desde la infancia en adelante. Estas instituciones son, claro está, la familia, la escuela y la comunidad.

Éstas son precisamente las tres estructuras que constituyen los pilares de los “programas que funcionan”, que adquieren vida en este libro. Los programas a su vez descansan en sólidas bases generadas a partir de la ingeniosa fusión de conceptos y hallazgos científicos con la experiencia práctica en campo, en docenas de países a lo largo y ancho del mundo en desarrollo. En el centro de estas bases se encuentran los resultados de la investigación contemporánea que revela los procesos clave y las condiciones que subyacen al desarrollo de los niños.

El primero de estos descubrimientos es que los procesos son *interactivos*; el desarrollo ocurre, fundamentalmente, no como el resultado de una estimulación desde fuera, sino a través de la involucración activa de un organismo en crecimiento con su ambiente inmediato en dos aspectos: con otras personas y —al principio a través de ellas, más adelante por su propia cuenta— con objetos y símbolos que invitan a explorar, manipular, elaborar, imaginar. Como característica de la maestría del autor para combinar teoría con práctica, el texto proporciona un “paquete cognitivo”, una rica colección de actividades que instigan el crecimiento que pueden desarrollar, y de hecho desarrollan, las mamás, los parientes, los que cuidan a los niños, los niños mayores y otros miembros de la comunidad con niños pequeños en una enorme gama de muy diversas culturas.

Y es aquí donde nos encontramos con el segundo principio clave que explica tanto la forma en que pueden descubrirse estas actividades como las que son más efectivas. Más aún, el principio va mucho más allá de estos campos específicos y permea los programas en forma global; en pocas palabras, los elementos programáticos construyen a partir de, o se adaptan

a, los *valores y costumbres* de la cultura en la que viven o a la cual se sienten arraigados los niños y sus familias.

En un tercer principio, los hallazgos de la investigación desafían la moda prevaleciente del quehacer científico mismo, pues la mayor parte de los investigadores sobre el desarrollo contemporáneos se encuentran organizados en campos separados —fisiológico, cognitivo, emocional y social. Sin embargo, como Myers reiteradamente enfatiza, cuando los hallazgos de cada uno de estos campos se comienzan a relacionar entre sí, revelan que el desarrollo es quintaesencialmente multidimensional— que los procesos en cada una de estas esferas se encuentran interrelacionados y se refuerzan mutuamente. Y nuevamente moviéndose con agilidad de la teoría a la práctica, Myers señala la misma paradoja en el diseño y operación de muchos programas que buscan servir a lo que él llama “un niño fragmentado”. Después plantea la evidencia, tanto desde la investigación como desde la práctica, para demostrar que los programas más efectivos son los multifacéticos tanto en estructura como en funciones. Un ejemplo de esta relevancia e impacto en el tercer mundo que ahora tiene algo que decirle al primero.

Hay una relación bilateral interactiva entre el bienestar psicológico y el estado nutricional y de salud. Esta relación sinérgica es evidente en los resultados de investigaciones que atraviesan un amplio espectro de disciplinas científicas. Según éstas, la salud, la nutrición y el bienestar psicológico deben abordarse al mismo tiempo, sea que la meta principal del programa sea la supervivencia o bien el desarrollo intelectual, social o emocional (p. 198).

Un principio más que en nuestro mundo contemporáneo ha atravesado fronteras de cultura y de clase enfatiza la *necesidad de estabilidad y predicibilidad* en la vida de los niños y de aquellos encargados de su cuidado. Los procesos interactivos que generan y mantienen el desarrollo toman tiempo para adquirir *momentum*, y siguen siendo efectivos sólo en la medida en que se desarrollen en forma regular, en circunstancias similares, sobre un periodo extenso en la vida del niño.

Una vez sentados estos principios, Myers atinadamente ofrece, para aquellos que puedan requerir un “manual para usuarios”, descripciones de una sorprendente variedad de escenarios en diversas partes del mundo que cumplen con estas especificaciones y que podrían seleccionarse para ser adaptados a otros contextos.

Sin embargo, esta expansión del mundo del niño no debe esperar a que surjan nuevas capacidades. En el campo de la política y de los programas, quizás el principio más claro que Myers expone y aplica es el de la esencialidad de los *vínculos* —la generación y el fortalecimiento de las relaciones no sólo entre los ambientes en los que vive el niño— tales como

la casa, la guardería, el barrio y la escuela, sino que también en el mundo de sus padres. En este aspecto resulta particularmente importante el lugar de trabajo de los padres, definido tanto por el espacio, por el tiempo y por las actividades que realizan. Todo este debe ser, y de hecho es, integrado en los programas que resultan más efectivos.

El último vínculo en este sistema dinámico, y el que ofrece mayor estabilidad e impulso a los programas, es la comunidad como un todo. Operacionalmente, esto significa que, para ser efectivos, los programas requieren y logran participación de todos los sectores de la comunidad, atravesando campos a menudo divididos, y divisores, de edad, género, clase y casta. Una meta hermosa, podría pensarse, pero rara vez lograda. Sin embargo, los múltiples ejemplos de este libro convierten el “rara vez” en “a menudo” e ilustran docenas de estrategias a través de las cuales se logra la transformación. La realidad y el drama de este fenómeno le dan a este libro un atractivo y una importancia especial para un gran círculo de lectores, más allá de los directamente involucrados en las profesiones de servicio.

Hay todavía un principio final que cruza todos los demás, un enfoque que privilegia las *fortalezas*, en lugar de las debilidades y defectos, las fortalezas que aún pueden encontrarse incluso bajo las condiciones más terribles, en los propios niños, y también en sus familias, barrios y —probablemente por encima de todos los anteriores— en sus culturas. Estos son los puntos a partir de los cuales es posible contrarrestar, e incluso revertir, los procesos de disrupción y desorden en el desarrollo.

Con toda seguridad queda una pregunta que no se enfrenta del todo. ¿Dónde encontrar los recursos y la voluntad para poner todos estos procesos constructivos en movimiento, y para mantenerlos después de que el periodo inicial de entusiasmo y de mayor generosidad en el financiamiento haya pasado? Hasta ahora, este tipo de esfuerzos en el tercer mundo han estado apoyados fundamentalmente mediante donativos, tanto en dinero como en tiempo de personas, de fuentes públicas y privadas de los países desarrollados; la motivación y el atractivo fundamental se encuentran basados en preocupaciones de corte humanitario. Es con este argumento que Myers termina su libro en su “llamado a la acción”.

Pero hoy en día hay nuevos actores que, por motivos diferentes, ingresan al escenario. El nuevo elemento en este escenario es el creciente reconocimiento y preocupación de parte de los líderes nacionales de todo el mundo —tanto en el sector público como, de manera especial, en el privado— respecto a dos problemas económicos que aumentan rápidamente. El primero es el enorme costo de ofrecer, o bien, en forma alternativa y más frecuentemente, de abandonar los crecientes sectores de las poblaciones nacionales de los llamados “no educables” y “no empleables”. El segundo problema se relaciona con la calidad y confiabilidad de la fuerza de trabajo disponible en

una época de creciente competencia económica no sólo entre países desarrollados sino también con los países en desarrollo.

La nueva creciente preocupación y palabra de alerta entre quienes ocupan el poder es la preservación y reconstrucción de lo que ahora se viene llamando *capital humano*. Pero, ¿podrán estas motivaciones “extrínsecas” producir políticas y programas que mantengan su rostro humano? Entre líneas de este trabajo multifacético puede descubrirse una respuesta no expresada, pero elocuente a esta pregunta crítica. En una sección clave del libro, Myers esboza tres modelos para conseguir el desarrollo comunitario. El primero es el “desarrollo impuesto”, en el que la iniciativa, el conocimiento y el liderazgo son traídos desde fuera. ¿Y el resultado?

En éste puede llegarse a resolver un problema específico, pero sin participación más allá de su concepción más superficial. Y no se habrá avanzado nada en la construcción de un sentido de “comunidad” en el proceso (319).

En el segundo modelo, que Myers llama “desarrollo auto-actualizado”, la comunidad toma la iniciativa en sus manos, utilizando sus propios recursos. Sobre la base de la evidencia disponible, Myers ofrece la siguiente evaluación:

Es más fácil hablar de este segundo enfoque de la identificación de y acción sobre problemas que llevarlo a cabo. Tiende hacia el romanticismo. Si no existe previamente un sentido de comunidad...podrá ser necesario buscar participantes de fuera al menos durante las fases iniciales de descubrimiento y de construcción de comunidad. Más aún, muy pocas comunidades son capaces de encontrar, en su interior, todos los recursos humanos y materiales que requieren (p. 319).

El tercer modelo y estrategia de elección propuesto por Myers, al que llama “de socios”, se describe como:

[...] uno en el que las comunidades trabajan junto con instituciones de la sociedad más amplia para resolver problemas comunes ...Ser socios implica respeto mutuo e igualdad, y un compartir la responsabilidad tanto de los éxitos como de los fracasos.

En este modelo de socios es donde se encuentra la respuesta a la pregunta crítica. El modelo aparece una y otra vez en las biografías de los programas documentados en las páginas de este libro, y lo que uno aprende es que lo de ser socios no es algo que ya se encuentra dado al inicio. El proceso comienza con esperanza, pero también con muchas dudas y divisiones, y es a través de la participación que la “sociedad” se va logrando. Y con cada paso surgen nuevas esperanzas, nuevos compromi-

sos, nuevos logros, y no poca alegría humana. Especialmente notable es el hecho de que, en varios de los programas, las agencias de financiamiento se involucran en el *momentum* y comienzan a actuar como socios comprometidos en la empresa. Cuando esto sucede, sus propias prioridades iniciales comienzan a ser reordenadas y redefinidas.

Con toda seguridad falta documentar y evaluar en forma sistemática estos fenómenos, pero no hay duda de que pueden ocurrir. Parafraseando a Lord Acton, pareciera que no sólo el poder, sino también la virtud, pueden corromper para sus propios fines, aunque quizás no en forma "absoluta". Resultaría una adecuada paradoja que el esfuerzo pragmático de proteger y aumentar el capital humano llegara a pagar dividendos no sólo en términos de crecimiento económico, sino también en el logro de una comunidad más humana para niños y comunidades, tanto en el extranjero como en nuestros propios países.

Este excelente libro nos lleva por ese camino, pero aún nos faltan muchos kilómetros por recorrer.

Nota del autor

El cuidado y el desarrollo social, intelectual y físico de los niños pequeños, especialmente de los del llamado "Tercer Mundo", son las principales preocupaciones de este libro. El asunto central es el bienestar y el desarrollo de los niños de Nepal, Nigeria y Nicaragua, y de otras partes, que están logrando sobrevivir a pesar de haber nacido en condiciones de pobreza y de estar viviendo en condiciones que amenazan su vida. Estos pequeños sobrevivientes están aumentando. Se encuentran en todas partes del mundo. Al sobrevivir, son a la vez una alegría, una esperanza para el futuro, y un problema para las familias pobres que luchan por sobrevivir en situaciones límite.

Al menos 12 de cada 13 niños (92%) llegarán a cumplir un año de edad en 1991. Si comparamos este dato de supervivencia con el de 1960, cuando eran 5 los sobrevivientes por cada 6 nacidos vivos (83%), es claro que hemos progresado de forma importante por lo que a supervivencia infantil se refiere. Las proyecciones para el año 2000 muestran que 19 de cada 20 niños (95%) sobrevivirá y llegará al año de edad. A pesar de eso, muchas organizaciones internacionales y algunos gobiernos todavía siguen poniendo un énfasis casi exclusivo en sus programas para la niñez sobre la reducción de la mortalidad, mientras que la atención al desarrollo sano y al bienestar general de los sobrevivientes es escasa.

¿Qué va a pasar con "los doce que sobreviven"? Muchas de las condiciones de pobreza y tensión que hasta la fecha han puesto en riesgo la vida de los niños, los ponen ahora bajo el riesgo de un deficiente desarrollo físico, intelectual, social y emocional durante sus primeros meses y años

de vida. El retraso o la debilidad en el desarrollo durante los primeros años puede afectar toda la vida posterior. También se puede prevenir. Y, puesto que los niños son sorprendentemente resistentes, se puede superar. Pero la superación de los problemas de la primera infancia no sólo resulta ineficiente, sino que requiere de un compromiso mayor del que la gran parte de las personas en posiciones privilegiadas han estado dispuestas, hasta la fecha, de asumir. Como resultado, se les negará el derecho a un desarrollo sano y normal a millones de niños. Fracasarán en el desarrollo de sus potencialidades y serán menos capaces de escapar del ciclo persistente de la pobreza. Muchos de los sobrevivientes llevarán vidas alestargadas, improductivas, insatisfactorias y dependientes.

Conforme se logra que más niños sobrevivan, y conforme se va acelerando el cambio social, aumenta el imperativo moral y social. Debemos de responder a la pregunta de “¿para qué sobrevivir?” Esta obligación nos lleva a anticipar qué niños están en peligro de retrasarse o debilitar su desarrollo social e intelectual, y a hacer todo lo posible para evitar que esto suceda. Al hacerlo, estaremos también aumentando las probabilidades de supervivencia hasta los cinco años y más allá de ellos, pues estos sobrevivientes desaventajados que llegan al año de edad son los mismos niños que corren más riesgo de morir antes de cumplir los cinco años. ¿Quién está atendiendo a estos niños? ¿Cómo se les atiende? ¿Cómo es su vida infantil? ¿Qué puede hacerse para impulsar su crecimiento y desarrollo y para ayudarlos no sólo a sobrevivir, sino también a realizar su potencial individual y social?

Este libro es un llamado a re-examinar las políticas y enfoques al fomento del cuidado y desarrollo de la infancia. Es un llamado a un mayor apoyo a los programas que mejorarán el cuidado y desarrollo de niños pequeños que viven en condiciones de pobreza. Al hacer este llamado, mi propósito no es, obviamente, el de argumentar en contra de salvar vidas. Eso no sólo sería tonto, sino también inhumano. Al contrario, lo que sostengo es que una mayor atención al potencial creativo y adaptativo del niño y al bienestar social y emocional puede ayudar a aumentar la tasa de supervivencia, al mismo tiempo que mejora la calidad de vida. Ello es así porque el desarrollo, el crecimiento y la lucha por sobrevivir son simultáneas e inseparables en el niño, y constituyen procesos que se refuerzan mutuamente. Debemos, por tanto, apoyar programas combinados de supervivencia infantil y de desarrollo infantil.

¿Por qué atrae tanto más la atención la supervivencia infantil que su desarrollo? Una de las razones es que, ciertamente, el hambre y la muerte atraen la atención y provocan una respuesta inmediata, casi visceral, humanitaria. Los niños esqueléticos cuyos ojos hundidos nos miran desde la portada de la revista *Time* llegan a la conciencia de los privilegiados que no sólo viven, sino que viven relativamente bien. La muerte y la desnutrición

de tercer grado son buenos imanes de financiamiento, al menos en el corto plazo, como se ha demostrado durante la hambruna en Etiopía y en otros sitios. Y qué bueno que lo sean. Pero, ¿cómo pueden hacerse igualmente impactantes los problemas del retraso en el desarrollo, así como sus devastadoras consecuencias sociales?

Menos dramáticas, pero aún capaces de atraer la atención, son las fotografías de la niña sucia y desarrapada, pero bonita, de 4 años de edad, que silenciosamente, a través de una mirada triste y penetrante, pide apoyo a través de una u otra organización internacional. Esos ojos simbolizan la lucha diaria por una vida mejor por parte de los niños que han logrado sobrevivir.

Al escribir este libro sobre programas de desarrollo infantil, he tenido la tentación de llamar la atención utilizando como imagen central la fotografía de una niña pequeña con ojos tristes. Pero no es éste un ensayo primordialmente fotográfico, y mi enfoque debe ser diferente. Mi tarea es convencer con palabras, con hechos, y con ejemplos, incorporados en un argumento razonable y razonado. Mi audiencia no es "el público", sino más bien el grupo de individuos que pueden llegar a tener una influencia más inmediata sobre la formulación de políticas y el diseño de programas de cuidado y desarrollo de la niñez. La audiencia incluye a personas en los gobiernos nacionales así como en organizaciones no gubernamentales e internacionales, preocupadas por el crecimiento y desarrollo de los niños. Incluye investigadores, académicos y prácticos. Incluye médicos, nutricionistas y maestras de preescolar. Incluye al personal de los ministerios para la mujer y de organizaciones que, si bien se centran en el rol productivo de las mujeres, deben también ocuparse del cuidado y desarrollo infantil.

Más aún, mi enfoque no es de tristeza. En efecto me gustaría que los lectores tuvieran ante sí otra imagen. Al lado de la foto de la niña triste, deprimida e inactiva, imagínense otra foto —de la misma niña, pero ahora sonriendo. Ésta es una niña capaz de soñar, que posee una rica herencia cultural, y que es capaz de ayudarse a sí misma, siempre y cuando se le dé la oportunidad, a pesar del flagelo de la pobreza y de los problemas de salud y nutricionales que la acompañan. Desafortunadamente, la imagen de la niña sonriente va y viene, y no es tan nítida como debiera. Es necesario enfocarla.

La imagen de la niña sonriente nos ayuda a evitar escribir o pensar sobre los programas sólo, o principalmente, como esfuerzos de bienestar social destinados a los "desafortunados pobres". En lugar de ello, nos recuerda que hay fortalezas que pueden servir como puntos de partida positivos en casi todos los medios —fortalezas que pueden ser reforzadas, conforme se van añadiendo nuevos elementos. La imagen simboliza también la visión de que los niños pueden ser socios activos en una empresa constructiva y permanente, y no sólo receptores pasivos de gestos benefactores. Este enfoque —de colaboración en la construcción

de un futuro con significado, basado en prácticas válidas y valiosas actuales— contrasta con una visión compensatoria de aquella planeación que comienza con la identificación de *déficits* (a menudo definidos en términos de parámetros traídos de fuera) y que después procede a focalizar estrategias para superar dichos *déficits*. El énfasis que pongo sobre el pensamiento “constructivo”, sin embargo, no debe confundirse con una visión romántica que resulte una apología de “los pobres felices”.

Un llamado a programas de apoyo al cuidado y desarrollo infantil que se basa en una sonrisa en lugar de comenzar con una profunda lamentación, y que se construye a partir de hechos y de ejemplos reales, corre el riesgo de ser ignorado. Las sonrisas rara vez sugieren la presencia de una emergencia, ni una necesidad de actuar. Y, después de todo, pocos de nosotros realmente nos movemos por lógica. Los hechos son una preocupación secundaria porque muy pocas decisiones de política se toman sobre la estricta base de planteamientos razonados. Consciente de estos riesgos, me sentiré satisfecho si este libro se usa para justificar y hacer progresar acciones humanitarias basadas sobre decisiones generales ya tomadas por individuos o gobiernos ilustrados o por otras organizaciones preocupadas por el futuro de los niños. Con ese fin, las páginas que siguen proporcionan un *rationale* y un conjunto de guías para la inversión en la primera infancia. Si en el camino algunas personas claves se convencen de una necesidad que antes no reconocían, y si actúan con base en ese reconocimiento, el libro habrá de sobra cumplido su propósito.

Como sugieren los datos de las tasas decrecientes de mortalidad, la necesidad de ver más allá de la mera supervivencia a programas de cuidado y desarrollo del niño se hace cada vez más evidente. No solamente están viviendo más niños, sino que el rápido ritmo del cambio social crea condiciones que exigen nuevas formas de pensar sobre el cuidado y el desarrollo infantil. Más mujeres están entrando al mercado de trabajo. Están cambiando las estructuras familiares. La urbanización requiere habilidades diferentes de las que se impartían en el pasado. Estas tendencias probablemente continúen, y exigirán actuar. Y hay una creciente evidencia de que las inversiones tempranas en el desarrollo para “todo el niño” pueden resultar en mejoras en la vida del niño y en beneficios para la sociedad más amplia.

Una vez que se acepta la necesidad de ver más allá de la supervivencia, la pregunta es: “¿qué podemos hacer?”. Este libro sugiere algunas cosas sobre lo que puede hacerse para promover el bienestar y el desarrollo físico, social, intelectual y emocional de los que sobreviven. Al responder a la pregunta, me basaré en el análisis de la experiencia de programas, así como en la literatura científica creciente que proporciona luces sobre el desarrollo infantil.

A lo largo del libro, algunos énfasis y puntos de vista se harán evidentes:

Un énfasis sobre el diseño de políticas y programas

Los lectores que esperen un tratamiento académico detallado sobre la supervivencia, el crecimiento y el desarrollo infantil se decepcionarán. No obstante, se hará un esfuerzo sistemático de revisar la literatura y de tejer hilos desde varios enfoques disciplinarios diferentes sobre el tema, así como de trazar guías para la toma de decisiones y para la planeación a partir de ese ejercicio. Al hacerlo, mi intención es resaltar el *rationale* para la acción, poniendo énfasis en las múltiples acciones que pueden tomarse ya, dada la sustanciosa, si bien dispersa, base actual de conocimientos.

Además, pondrá énfasis en las líneas estratégicas más generales de implantación de políticas y programas, y considerará en mucha menor medida los detalles programáticos. Este libro no es una guía para capacitar agentes, ni un manual de currículo para el desarrollo infantil. Plantear los detalles de los programas es obviamente una tarea importante que requiere tomar decisiones cruciales sobre contenidos y organización. Pero eso puede llevarse mejor a cabo una vez que las líneas generales estén claras. Y, puesto que las especificidades de la implantación variarán enormemente de programa a programa de acuerdo con las circunstancias, estos detalles quedan fuera del espectro de este libro.

Atender a los niños y a las familias en condiciones de riesgo

Enfatizar la atención a los niños cuyas condiciones de vida los sitúan en riesgo de un desarrollo retrasado o debilitado, y las consecuencias de esto mismo, implica dos cosas. Primero, el énfasis de este libro es sobre los niños que viven en condiciones de pobreza. No me ocupo de los problemas de las clases medias o altas, sea de la India o de Suecia, a pesar de que muchos de estos niños pueden estar en riesgo de un desarrollo distorsionado o poco sano como consecuencia de un exceso de satisfactores o de otras condiciones crecientemente presentes entre los grupos sociales "favorecidos". Segundo, el énfasis se pone en la prevención y la anticipación de problemas, más que en esperar a que ocurran para después intentar solucionarlos.

Interrelacionamiento

A lo largo del libro me ocuparé de necesidades interrelacionadas, y de respuestas y resultados programáticos mutuamente reforzantes. Enfatizaré la interrelación de la planeación para la supervivencia y para el desarrollo. La unidad y la interacción entre las dimensiones físicas, intelectuales, sociales y emocionales del desarrollo están en el centro de la discusión. Las implicaciones de la relación sinérgica (interactiva) que existe entre las

acciones dirigidas hacia estas diversas dimensiones no han sido enteramente reconocidas ni valoradas por diseñadores de programas, a pesar del frecuente llamado a la planeación “integral”. Dentro de esta visión unitaria, integral, enfatizaré los aspectos sociales e intelectuales y emocionales del desarrollo, pues parece que son los menos atendidos en los programas, particularmente durante los primeros años de vida del niño.

La importancia del hogar y de la comunidad

La primera responsabilidad del cuidado y del desarrollo sigue estando en la casa, reforzada por la comunidad local. Por esa razón, apoyar a los que cuidan a los niños y a las comunidades con el conocimiento, auto-confianza y organización para satisfacer necesidades de sobrevivencia y desarrollo de sus niños, adquiere prioridad entre un grupo de enfoques complementarios.

Aproximaciones complementarias, más que “alternativas”

Al enfatizar la importancia de los programas centrados en el hogar y en la comunidad, estos dos enfoques se analizarán como parte de una estrategia global que involucra también una atención directa a los niños en guarderías, al trabajo de fortalecimiento de las instituciones responsables de la promoción del cuidado y desarrollo, y a los esfuerzos de negociación con tomadores de decisiones, programadores, profesionales y otros que tienen que ser convencidos del valor de la atención integral al niño. Estas cinco aproximaciones no se ven como opciones alternativas, sino como complementarias.

Tomar en cuenta dónde están las personas

Un principio básico de este libro es el de “construir a partir de las fortalezas”. En lugar de defender un enfoque “compensatorio”, la transferencia de las ideas externas ya empaquetadas sobre cuidado y desarrollo, o un esquema único para el éxito, enfatiza la importancia de descubrir qué prácticas son valoradas y utilizadas en contextos específicos y de dar atención especial a aquellas prácticas arraigadas que se sabe dan buenos resultados. Con esta información, puede reforzarse lo positivo, y evitar menospreciar valores básicos, al mismo tiempo que añadir otros elementos, en lugar de simplemente compensar los supuestos déficits —la diferencia en la visión de una cara sonriente, en lugar de una cara triste.

Participación

Mi énfasis sobre la participación va más allá de la “participación comunitaria”. Me preocupa también la participación del niño en su propio desarrollo, y el aprender haciendo a todos los niveles. Detrás de este sesgo hay dos principios. Primero, la activa involucración con otros en el proceso de cambio es buena en y por sí misma. Segundo, la práctica de aprender a partir de la experiencia es una práctica sana.

Los capítulos que siguen se agrupan en siete partes. Los primeros dos capítulos montan el escenario proporcionando un *rationale*, mirando la evolución de los programas de cuidado y desarrollo del niño, y describiendo la configuración actual de estos programas. Pongo especial atención en los cambios que han ocurrido desde 1979, cuando se celebró el Año Internacional del Niño. Una segunda parte, de tres capítulos, busca aclarar conceptos clave y derivar implicaciones de la literatura sobre el desarrollo infantil para la planeación. Se sugiere una estrategia de planeación comprehensiva, combinando estados de desarrollo con cinco enfoques complementarios (atención directa, educación de quienes cuidan a los niños, desarrollo comunitario, fortalecimiento institucional y fortalecimiento de la conciencia y de la demanda) y con varias guías programáticas (énfasis en los niños en condiciones de riesgo, comprehensividad y participación, adaptación a contextos culturales variables, reforzamiento y complementación de costumbres locales, y búsqueda de soluciones eficientes en costos con el potencial para llegar al mayor número posible de niños necesitados).

La parte III presenta un “estado de la práctica”, ofreciendo una amplia gama de opciones disponibles para llevar a cabo cada uno de los cinco enfoques complementarios. Se señalan algunas ventajas y desventajas de cada enfoque y se describen brevemente ejemplos específicos de programas.

La parte IV se centra en la necesidad de —y en los problemas asociados con— la combinación de elementos en los programas. Después de mirar lo que significa “integrar” la planeación y los programas en el primer capítulo de este apartado, los subsiguientes tratan de la combinación programática del bienestar físico, psicológico y social; la combinación programática de desarrollo inicial con la educación a nivel primaria; y la combinación de programas de atención a la niñez con programas para mejorar el trabajo y el bienestar de la mujer.

La quinta y sexta partes abordan la participación comunitaria, la importancia de identificar y respetar la sabiduría tradicional en la crianza de los niños, y aspectos de costos y escala. La última parte plantea conclusiones y recomendaciones.

Desde que comencé a escribir este libro, hace más de dos años, han ocurrido cambios importantes que crean un clima de mayor apoyo al

aumento de la inversión en programas que favorecen el cuidado y el desarrollo infantil. Cambios políticos dramáticos a nivel global, un aparente fin a la guerra fría, pláticas tendientes a reducir los gastos militares, y nuevas propuestas para aligerar la pesada carga de la deuda externa parecen estar liberando a las personas para llevarlas a pensar sobre problemas sociales de nuevas maneras y a tener nuevas esperanzas. Hemos comenzado una nueva década, la última del siglo. Tanto su arranque como la cercanía del siglo XXI han estimulado reflexiones y pensamiento creativo sobre la configuración del futuro, incluyendo visiones prospectivas sobre la niñez en el siglo XXI.

Tres eventos internacionales le han dado una mayor visibilidad a la infancia. En noviembre de 1989, se aprobó la Convención de los Derechos de la Infancia en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Esta convención urge a los signatarios a "...asegurar al máximo nivel posible la supervivencia y el desarrollo de los niños" (Artículo 6). También indica que, si bien los padres y las familias tienen la principal responsabilidad en la crianza del niño, los estados deben ayudar a los padres, y deben "asegurar el desarrollo de instituciones, facilidades y servicios para la atención de los niños" (Artículo 18.2). La Convención ha propiciado discusiones a los niveles gubernamentales más altos en varios países del mundo, y el número de signatarios aumenta consistentemente.

En marzo de 1990, una Conferencia Mundial de Educación para Todos, organizada por UNICEF, UNESCO, el Banco Mundial y el PNUD, reunió a representantes gubernamentales de más de 150 países y representantes de más de 200 organismos no gubernamentales. La declaración aprobada en la Conferencia incluyó la siguiente afirmación:

El aprendizaje comienza con el nacimiento. Ello exige el cuidado temprano y la educación inicial de la infancia, lo que puede conseguirse mediante medidas atinentes a la familia, a la comunidad o a las instituciones, según convenga. (Artículo 5)

El marco de acción también identificó como uno de los objetivos a ser incluidos en los planes para los noventa:

(1) Expansión de la asistencia y de las actividades de desarrollo de la primera infancia, incluidas las intervenciones de la familia y de la comunidad, especialmente para los niños pobres, desasistidos e impedidos. (Párrafo 8).

La Cumbre Mundial sobre los Niños tuvo lugar en septiembre de 1990. Reunió a setenta jefes de estado para discutir los problemas que afectan a los niños y para comprometerse en su solución. La Cumbre ha dado un impulso adicional a las actividades ya en marcha, y está abriendo la puerta a nuevos esfuerzos para fortalecer la atención y el desarrollo infantil.

Mientras tanto, las organizaciones internacionales han comenzado, muy

lentamente, a abrirse a nuevas formas de pensar sobre las vidas además de sobre la muerte de los niños. Frases tales como “más allá de la supervivencia” comienzan a permearse en las conversaciones y a aparecer en documentos oficiales.

Estos cambios políticos y económicos recientes a nivel global y la apertura que parece presentarse respecto al pensamiento sobre el cuidado, la educación y el desarrollo de los niños ofrecen esperanzas para “los doce que sobreviven”. Pero esta apertura debe todavía llenarse con algo más que palabras y papeles y nuevos *slogans*. Con ese reto en mente, y fortalecidos por la imagen esperanzadora de la niña sonriente, si bien harapienta, comencemos la discusión sobre ideas concretas acerca de lo que debe hacerse.